

caza, sacrificaba al dicho dios Mixcohuatl parte de ella, por ser el dios de los otomíes y a quien tenían dedicado el arco y flechas de la caza. Y hecho el sacrificio, que era infinito y casi sin número, despedía sus gentes, volvíase el dicho rey a su casa a la celebración de sus ritos.

Había en este dicho templo, en memoria de este dios, en cuyo nombre se hacía este sacrificio y caza, una alberca o estanque de agua negra, el cual se llamaba tlilpan, que quiere decir lo mismo. En esta alberca o estanque se lavaban todos los sacerdotes y ministros del templo, a media noche todos los días, lavándose y limpiándose de la tinta de que andaban teñidos e embijados; y en acabándose de lavar iban a incensar al ídolo de este diabólico templo a un oratorio o capilla, que se llamaba Mixcohuapan, y de allí se iban a la casa, que se llamaba Calmecac, donde se criaban los niños (como después diremos). Había en este mismo templo un monasterio de sacerdotes o sátrapas, que eran aplicados al servicio de una diosa que llamaban Cihuacohuatl y por otro nombre Quilaztli. Ésta, dicen que fue la que primero parió; y según esto y según el primer nombre suyo, parece atinar a que sea Eva, que quiere decir, la mujer de la culebra.

*CAPÍTULO XIII. De otros edificios y templos que había dentro de este cuadro y templo principal de Mexico, y se va continuando la materia de el pasado*



O QUEDA SATISFECHA LA GRANDEZA y magnificencia de este lugar y templo dicho con sólo haber contado los templos menores, salas grandes y casas de recogimiento y penitencia dichas y referidas en el capítulo pasado, sino que es fuerza pasar adelante, contanto otras muchas que este grande y espacioso cuadro tenía. Una de las cuales era una pieza hecha a manera de jaula, toda de red, donde tenían encerrados todos los ídolos que habían traído de las provincias que habían conquistado y reducido a su señorío los mexicanos. Era este lugar como a manera de cárcel, en la cual parece que los tenían presos como a dioses vencidos y de poco poder; porque es cosa cierta que a tenerle, supieran defenderse y no dejarse rendir de hombres mortales, los que eran tenidos y estimados por inmortales y divinos.

Había otra sala que se llamaba Quauhxiccalco, casa de calaveras, porque en aquel lugar echaban todas las cabezas de los que sacrificaban después de secas; y era como osario particular, en el cual, como en lugar escogido de hombres sacrificados al demonio, se oía una bocina algunas veces y a deshoras; y era opinión entre todos que la tañía el dios Titlacahua, y no era siempre a un tiempo, sino unas veces de día y otras de noche; y luego que se oía el sonido de la bocina, entraba dentro el sacerdote dedicado al servicio y culto de aquel lugar que se llamaba Yopoch, y poniendo incienso en el brasero lo incensaba; y según esto debía de ser entre estos indios

mexicanos aquel lugar y capilla osar'o sacro, como entre nosotros los de los mártires; aunque con esta diferencia, que los nuestros son ofrecidos al Dios verdadero y muertos por su fe y ley, y esotros a los demonios, por cuyo gusto se sacrificaban y en cuya falsa creencia decendían sus almas con ellos a los infiernos.

Otro edificio o templo había junto a ésta que se llamaba también Quauh-xicalco, o ya por estar conjunto al dicho, y ser una misma cosa, o por ser lugar también de calaveras (que no lo he podido averiguar). En este templo o capilla salía un sacerdote o sátrapa de los dedicados a aquel lugar, vestido con un pellejo de ardilla parda, y bailaba con aquel traje en el mismo lugar; y estaba allí el árbol volador, y en el mes de xocotlhuetzi volaban en él; la significación de esto y del árbol está en otro lugar.

Otra sala había muy grande y espaciosa, que se llamaba Tzumpantli, donde tenían todas las cabezas de los que eran sacrificados en el templo mayor. Y de aquí se podrá inferir qué tan grande era la sala, pues bastaba a recibir tanto número de cabezas de tantos como en aquel lugar se le ofrecían al demonio.

Otro templo o capilla había dedicada a los dioses Centzonhuitznahuac, que se llamaba Huitznahuacteuhtcalli, en la cual sacrificaban un cautivo en honra de estos cuatrocientos falsos dioses; el cual para el sacrificio salía vestido de las vestiduras de estos dioses y, en el mes que se llamaba panquetzaliztli, les hacían también fiesta en el mismo lugar, sacrificándoles muchos cautivos.

Otra capilla había que se llamaba Tezcacalli, casa de espejos, porque era toda ella hecha de ellos y tan vistosa y reluciente que daba mucho en que entender su vista. En este lugar no eran los sacrificios que se hacían continuados por el tiempo del año, sino en años diferentes e interpolados. Y parece que estos sacrificios eran en honra de Tezcatlipuca, que era uno de sus mayores dioses, cuyo nombre quiere decir, espejo muy pulido y resplandeciente.

Había otra sala o edificio junto a éste, que se llamaba Tlacochealco-acatlyacapan. Aquí se guardaban grandísima cantidad de saetas, que cada año se hacían y estaban depositadas para cuando fuesen menester. Y en este mismo lugar se sacrificaban algunos cautivos luego que se quería comenzar o comenzaba alguna guerra; por razón que el dios a cuyo favor tenían ofrecidas aquellas saetas que se llamaba Huitzilupuchtli, les fuese favorable y benévolo en el gastarlas y despenderlas contra sus enemigos. De donde se infiere que aquella sala era capilla o templo como los demás, pues en ella había sacrificios.

Había otra sala y edificio, que se llamaba Huitztepehualco, en la cual ponían y echaban todas las puntas de maguey ensangrentadas, con que se habían sacado sangre de diversas y varias partes de sus cuerpos los penitentes que por penitencia o por honra de los demonios la habían derramado y unas yerbas o ramas de un arbolillo llamado acxoyatl, sobre las cuales la sangre se derramaba y caía. Este cuidado de poner estas púas en aquel lugar era de los sacerdotes dedicados a aquel ministerio o de los mismos

penitentes o gente que hacía aquella ofrenda; aunque primero que allí las echasen, las presentaban al dios, en cuyo servicio se hacía o ofrendaba.

Aquí había una casa de recogimiento y habitación de los sacerdotes y ministros de este lugar, la cual se llamaba Huitznahuacalmecac, que quiere decir casa junto a la de las espinas y púas. Éstos servían en el templo llamado Huitznahuac y tenían perpetuo y continuo cuidado de incensar en aquel lugar todos los días, por sus horas y tiempos señalados. Tenían también cargo de traer de otros aposentos leña y lo necesario para el fuego y servicio de aquel altar en el cual ardía perpetuamente.

Había otro templo, llamado Tecucizcalco, que quiere decir casa de caracoles mariscos, y debía de ser dedicado a la luna porque los antiguos mexicanos la llamaban Tecucciztecatl. En este lugar se hacían muchos sacrificios por tiempos interpolados del año; y tenía junto de sí otro lugar, donde se echaban las púas de maguey con que se habían picado y punzado los penitentes a honra de aquel ídolo.

Otra capilla había, llamada Umacatl, que es un signo de sus adivinaciones, en cuya memoria se sacrificaba en ella a un ídolo que representaba este signo. Y otro templo, también dedicado a otro signo, llamado Macuicli-pactli, en cuya honra, en un día del año, mataban muchos cautivos en aquellos lugares y capilla.

Otra casa o aposentos había en el mismo patio o cuadro, adonde residían algunos sacerdotes y ministros del dicho templo; y donde también, por algún tiempo limitado, como son días o años, se recogía alguna gente que entraba al dicho templo a hacer penitencia, como a llorar sus culpas o pedir perdón de sus pecados, o a otras deprecaciones que con varios y diversos intentos se recogen diversos y varios hombres.

Otro templo o capilla había dedicado al dios Iztaaccinteutl, que quiere decir dios blanco de las mieses. Aquí le sacrificaban muchos leprosos y gente inficionada de males contagiosos; cuyas carnes, como las de otros sacrificados, no las comían sino que los enterraban; y mataban a estos desventurados en el tiempo que hacían cuaresma al sol.

Había otra capilla y cu que se llamaba Tetlanma, donde se reverenciaba un dios que se llamaba Cabeza de lobo, Chantico, el cual no tenía día señalado para sus sacrificios; pero hacíanse cuando se señalaba por los principales y señores, según su devoción; lo cual acacía cuando reinaba el carácter o signo, llamado cexuchitl; y otro a otro signo, llamado chicomeacatly-teopan. Tampoco tenían día señalado, sino sólo aquel en el cual caía el dicho signo; hacíanse de noche los sacrificios en este lugar, donde morían algunos desventurados hombres.

Junto a este lugar había una alberca o estanque, donde se lavaban o bañaban los que hacían penitencia, después que la habían hecho; llamábase Tezcaapan, que quiere decir agua espejada, como dando a entender, por la limpieza y hermosura del nombre, la que sacan los que verdaderamente hacen penitencia. Y que así como un paño sucio sale del agua, después de golpeado y estregado con jabón, limpio y blanco, así sale el pecador de la aflicción y golpes de la penitencia; y lo comparaban bien estos desventu-

rados y ciegos indios, si con saber el bien que la penitencia hace y los efectos buenos que produce, supieran juntamente conocer al verdadero Dios, por cuyo amor la debían hacer, sintiendo entrañablemente las ofensas que contra él (que es la misma limpieza y hermosura) habían cometido, con que se ensuciaban y maculaban las almas; pero como ciegos en esto no sabían más de que la penitencia era buena, sin saber a qué misericordia atribuirle.

CAPÍTULO XIV. *Donde se prosigue la cuenta de las muchas mansiones, templos y capillas que en el gran cuadro de este célebre templo mexicano había*



OTRO TEMPLO HABÍA QUE SE LLAMABA Tezcatlachco, que quiere decir juego de pelota. Sacrificaban en este lugar, al dios Huitznahuac, pero no tenía día señalado en el año, sino en el que caía el signo llamado umacatl; y según la significación del nombre jugaban en él a la pelota los señores y principales el mismo día de los sacrificios.

Junto a éste había otro templo o capilla, llamada Tzumpantli, dedicada a los dioses llamados umacatzitzin, donde se hacían sacrificios muy solemnes; y eran los sacrificados doscientos y más cada vez, el cual sacrificio duraba por término de tres días.

Había otro templo o cu, llamado Tlamatzinco, edificado a honra del dios Tlamatzincatl, en cuya fiesta sacrificaban en este lugar muchos esclavos, los cuales, para haberlos de sacrificar, primero los engordaban como puestos a cebo. Y llegada la fiesta y hecho el sacrificio, comían la carne de los sacrificados todos los señores, así caballeros como hidalgos y gente que tenía algún oficio público en la república. Este dios era el de los matlatzincas, que viven en este valle de Toluca (donde al presente escribo este capítulo), al cual llevaron los mexicanos a su templo mayor donde le dieron casa, por ventura para tenerlo propicio y grato para que les ayudase y favoreciese como a los matlatzincas, que le tenían y reverenciaban por dios. Junto de este templo había un monasterio y casa, llamado Tlamatzincócalmecac, donde vivían y tenían su asistencia los sacerdotes y ministros de este dicho templo. En el mismo lugar había otro edificio y casa, llamada Quauhxiccalco, donde decían que venían y decendían los niños que habían sido muertos y sacrificados a honra de los dioses tlaloques, a los cuales niños llamaban teteuhpoalti y tenían creído que estaban vivos y vivían con los dioses tlaloques, en suma gloria y celestial alegría, y que decendían a esta casa cada año en la fiesta de los tlamatzincas, que hacían a honra de Mixcohuatl; y que venía tras ellos, como en guarda, una culebra que se llamaba xiuhcoatl, pintada de diversas y varios colores.

Tenían otro templo o cu dedicado a este dios Mixcoatl (que también lo era de los matlatzincas de este dicho valle) y por ventura edificado con el